

no conoces : nosotros los musulmanes veneramos al fundador de tu religion , y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré á la cueva del ermitaño , que difícilmente podrias encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga práctica en estos caminos. Dejemos á los molas y á los frailes que disputen sobre estas recónditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen á jóvenes y á soldados; de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras.

CAPITULO III.

Alzáronse los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete , y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero á sus fieles caballos, que durante el reposo de sus amos, habian estado pastando la menuda yerba, libres del peso de sus bélicos atavíos. Ambos

eran diestros en esta ocupacion, que en aquellas épocas formaba parte necesaria del ejercicio de las armas. Los dos nobles animales, fieles compañeros de sus amos, en sus viajes y encuentros, los miraban con todo el afecto y confianza que pueden haber en una criatura irracional. Esta especie de familiaridad entre caballo y jinete era en el Sarraceno un hábito contraído desde la juventud, porque en las tiendas de las tribus guerreras de Oriente, el caballo ocupa un lugar igual al de la muger y los hijos. El guerrero europeo miraba en su dócil y alentado trotero poco menos que un compañero de armas; que tal es el influjo de las circunstancias y de la necesidad. Los animales dejaron tranquilamente el herboso pasto, y la soltura de que hasta entonces habian estado gozando, y con sus relinchos y movimientos acariciaban á sus amos, en tanto que estos los apercibian á nuevos trabajos y fatigas. Mientras los dos guerreros se ayudaban cortesmente en esta operacion, cada uno observaba con atenta curiosidad los usos y maneras del otro, fi-

jando mas particularmente la atencion en lo que mas extraño, y mas diferente y ageno de sus propios usos le parecia.

Antes de montar para volver á tomar el hilo interrumpido de su jornada, el caballero cristiano volvió á refrescarse los labios, y á lavarse las manos en la pura corriente, diciendo á su compañero de viaje: —Quisiera saber el nombre de este deleitoso manantial, para que nunca se borre de mi agradecimiento ni de mi memoria, porque en todos los dias de mi vida he experimentado tanta sed, como la que han saciado sus benéficos cristales.

—Lámase en lengua arábica, respondió el Sarraceno, diamante del desierto.

—Y bien lo merece en verdad, repuso el del Leopardo; millares de arroyos fecundan y vivifican el valle frondoso de mi nacimiento; mas ninguno de ellos ha dejado en mi memoria ideas tan plácidas y risueñas como esta corriente solitaria, cuyos líquidos tesoros son no ya gratos, sino indispensables en esta ardiente soledad.

— Razon tienes, respondió el Sarraceno. La maldicion de Dios emponzoña las aguas de ese mar de muerte y destruccion. Ni hombre ni animal es parte á beberlas, ni las del rio que le alimenta con sus raudales.

Dicho lo cual, montaron á caballo, y se pusieron en camino, al traves del vasto y horroroso arenal. Habia ya pasado el ardor del medio dia, y soplabá un aura benigna, que suavizaba algun tanto las penalidades del desierto, mas no sin levantar nubes de polvo imperceptible. Esta nueva molestia, que no parecia tal al Sarraceno, incomodó de tal manera al cruzado, que despojándose del pesado yelmo y colgándolo al arzon de la silla, se cubrió la cabeza con una gorra que solian usar los caballeros de aquella época, y á la cual daban el nombre de *mortero*, por su semejanza con este utensilio. Marcharon largo tiempo sin desplegar los labios: mientras el Sarraceno, que servia de guia y director, observaba menudamente los mas pequeños accidentes del terreno, las rocas distantes, y todos los otros indicios

podian servirle de norte en aquella uniforme superficie. Durante gran rato se mantuvo absorto en esta ocupacion, á guisa de piloto que conduce el vajel por parages peligrosos é inciertos; mas cuando hubo caminado obra de media legua, reconociendo ya el punto en que se hallaba, volvió á entrar de nuevo en conversacion, con cierta franqueza no muy comun entre orientales.

— Hasme preguntado, dijo, el nombre de una fuente muda é inanimada, que tiene apariencia mas no realidad de cosa viviente. Perdóname tú ahora si me atrevo á preguntar el nombre del compañero que Alá me ha deparado en el peligro y en el reposo, y á quien supongo nombrado y conocido en los desiertos de Palestina.

— Poco digno es de noticia, respondió el cruzado, el nombre que deseas saber. Los soldados de la cruz me llaman Kenneth el del Leopardo dormido: en casa me dan otros títulos, que sonarian mal en los oidos de un oriental. Y ahora séame lícito saber la tribu de que descendes, y el nombre que te dis ingue.

— Huélgome, sir Kenneth, dijo el musulman, que mis labios puedan pronunciar el tuyo. En cuanto á lo que preguntas acerca de mi origen, sábetete que no soy árabe, aunque no hay en toda Arabia alcurnia mas valiente ni guerrera que la mia. Llámanme Shirkohf, el Leon de las Montañas, y mi familia es la del Seljuk, la mas ilustre del Kurdistan.

— Tengo entendido, dijo sir Kenneth, que el gran soldan Saladino descende de esa misma rama.

— Gracias al profeta, respondió el musulman, que se ha servido enviar de su seno á nuestros montes el grande y esclarecido príncipe, cuya palabra es victoria. Yo no soy mas que un pobre gusano en presencia del rey de Egipto y Siria; mas en mi tierra mi nombre no deja de merecer aprecio y consideracion. Dime por tu vida cristiano. ¿Con cuántos hombres has venido tú á hacer la guerra en Palestina?

— A fe mia, respondió el cruzado, que con la ayuda de mis parientes y amigos, ape-

nas pude reunir diez lanzas, con otros cuarenta hombres, entre ballesteros y escuderos. De estos, algunos han abandonado mi desventurado pendon: otros han perecido en la guerra, y no pocos de enfermedad. Quédame tan solo un escudero, que ahora yace prostrado en una cama, y por cuya salud he emprendido esta romería.

— Cristiano, repuso Shirkohf; tengo en mi aljaba cinco flechas, adornadas con plumas de águila; cuando envio una de ellas á mis tiendas, mil guerreros montan á caballo; otros mil acuden si envio otra flecha: con las cinco puedo disponer de cinco mil hombres. Si envio el arco, diez mil combatientes intrépidos y bien montados se presentan á mis órdenes. ¡Y tú con tus cincuenta caballeros osas invadir una tierra en que yo soy uno de los menos poderosos!

— Sarraceno, dijo sir Kenneth, como para humillar la jaectancia de Shirkohf: ¿Ves este guante de acero? pues él solo basta para matar una bandada de sabandijas.

— De contado, dijo el Sarraceno, mas an-

tes necesario es tenerlas á tu alcance, y conociendo que esta respuesta podia interrumpir la buena armonía que entre ambos reinaba, añadió inmediatamente: alto aprecio deben hacer los príncipes cristianos del valor, puesto que tú, careciendo de nombradía y de soldados, te atreves á ofrecerme proteccion y seguridad en el campo de tus hermanos.

— Ten entendido, dijo el cristiano, que el nombre y la sangre de un caballero le dan derecho á colocarse al lado de los mas altos y poderosos monarcas, en todo lo que no dice relacion con la autoridad y dominio real. Si el mismo Ricardo, con ser rey de Inglaterra, osase ultrajar el honor de un caballero humilde, como yo lo soy, no podria por ley de caballería, negarse á medir las armas con él.

— Holgárame, dijo el emir, de presentarlo, que á fe mia, no entiendo que basten una cintura de cuero y un par de espuelas, á igualar al vasallo con su rey y señor natural.

— Dijeras mas bien la sangre libre y el co-

razon denodado, respondió sir Kenneth, y hubieras hablado acertadamente.

— ¿Os es permitido tambien, preguntó el Sarraceno, poner los ojos en las damas de vuestros gefes y príncipes?

— No permita Dios, dijo el del Leopardo, que al mas pobre caballero de la cristiandad sea vedado consagrar en honroso servicio, su corazon y su espada, la fama de sus acciones y los mas íntimos sentimientos de su alma á la mas esclarecida de las princesas que llevan sangre real en sus venas.

— No hace mucho, dijo el Sarraceno, que hablabas del amor como si fuera el tesoro de tu corazon. ¿Has puesto quizas tus afectos en alguna dama de alta gerargía.

— Extrangero, respondió el cristiano, sonrojado y con notable turbacion: no acostumbramos nosotros propalar el nombre de la señora de nuestra voluntad; bástete saber que la mia está puesta en donde no alcanzarán jamas mis merecimientos. Alta y noble y encumbrada es la dama que reina en mi corazon; mas puesto que desees oir hablar de

amores, y de torneos, y de los otros ejercicios y nobles pasatiempos que á la órden de caballería corresponden, determínate á venir, como has dicho, al campo de los cristianos, donde harto hallarán tus ojos que admirar, y sobrado campo tendrás para ejercer el vigor de tu brazo.

El guerrero musulman, alzándose en los estribos y levantando con arrogancia la lanza que en la mano derecha llevaba: « Contados serán, dijo, los caballeros cristianos que puedan correr una lanza conmigo. »

— No digo yo que sean muchos, respondió el cruzado; aunque caballeros españoles hay en el campo que no ceden al Moro mas diestro en ese ejercicio propio de vuestras costumbres.

— Perros é hijos de perro, exclamó el Moro, cuando oyó el nombre de Españoles. ¿Porqué vienen esos malsines á pelear en Palestina contra los verdaderos creyentes que dominan desde el monte de Tarik hasta las gargantas del Roncesvalles? Nada quiero con ellos.

Líbrete Dios, repuso el cristiano, de que oigan tus denuestos los caballeros de Leon y de Asturias que han venido á Oriente bajo la bandera de la cruz; mas si en lugar de arrojar una lanza, quieres manejar una maza de armas, no faltarán guerreros cristianos con quienes puedas haberlas.

— Por la barba de mi padre, dijo el Sarraceno sonriéndose y acordándose del lance de por la mañana, que es arma demasiado grave para emplearla en mero pasatiempo. Yo de mí sé decir, que sabré arrostrarla el dia de batalla, mas no quiero juegos con ella.

— Holgárame de que vieras, dijo sir Kenneth, la maza del rey Ricardo, junto á la cual, la mia monta tanto como una pluma.

— Mucho se habla, dijo el Moro, de ese rey de las islas. ¿Eres acaso tú uno de sus vasallos?

— Soy uno de los guerreros que le acompañan en esta expedicion, repuso el cristiano; mas no soy su vasallo, aunque he nacido en la misma isla en que tiene sus estados.

— ¿Qué quieres decir? exclamó el Sarraceno. ¿Teneis acaso dos reyes en una pobre isla?

— Así es en efecto, respondió el caballero escoces, que lo era sir Kenneth de nacimiento: dos reyes dominan en aquella isla, y aunque los habitantes de sus dos extremidades estan frecuentemente en guerra, por ser dos naciones diferentes, la tierra da bastante gente para enviar aquí huestes numerosas, dispuestas á arrancar el yugo injusto que tu dueño ha puesto en las ciudades de Sion.

— Por la barba de Saladino, dijo el musulman, jamas he visto un desacuerdo semejante al de estos guerreros de Occidente. Digna de risa es la pueril arrogancia de ese gran soldan cuyas banderas sigues, que viene á estos remotos paises á conquistar desiertos y rocas, y á disputar su posesion á un pueblo diez veces mas numeroso que el suyo, dejando al mismo tiempo sus reducidas posesiones expuestas á caer en manos de un soberano enemigo. Presumo, sir Kenneth,

por todo eso que de vuestras disensiones me referes, que tú y los otros valientes caballeros de tu nacion, os habeis sometido al rey Ricardo antes de dejar la tierra patria, para acometer una empresa tan aventurada como la presente.

— No, por la resplandeciente luz de los cielos, exclamó Kenneth con noble arrogancia. Si el rey de Inglaterra hubiera esperado á ser rey de Escocia, antes de emprender su marcha á Tierra Santa, bien podria la media luna brillar eternamente en los muros de Sion.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando arrepentido de haber profanado su profesion de soldado de la cruz, con la memoria de las guerras contra cristianos, prorumpió en un compungido *Mea culpa*.

El rápido contraste que ofrecieron los sentimientos del caballero con los deberes de su religion, llamó la atencion del Sarraceno, quien ya habia visto lo bastante para conocer que entre los cristianos, asi como sucedia entre los musulmanes, dominaban ciertas

rivalidades y disputas nacionales, de no fácil reconciliacion. Pero los Sarracenos son naturalmente comedidos en cuanto su fe se lo permite, y sobre todo muy dispuestos á observar los límites que la urbanidad y la cortesía señalan, y estos sentimientos estorbaron al emir entrar en explicacion con su compañero acerca de la oposicion que notaba entre sus opiniones como Escoces, y sus deberes como cruzado.

Entre tanto, el aspecto del terreno mudaba notablemente á medida que los dos guerreros adelantaban, y ya habian llegado á una cadena de empinadas y desnudas colinas, que limitaban por aquella parte la llanura, sin variar la aridez que por toda ella reinaba. Alzábanse por en medio de ellas, peñascosas eminencias, en cuyos profundos declives y cuevas de desmesurada altura, la aspereza del terreno y la estrechez del paso, ofrecian á los viajeros dificultades y estorbos hartos diferentes de los que hasta entonces habian encontrado. Tenebrosas cavernas y hondas quebradas, tantas veces

menocinadas en los libros santos, presentaban á uno y otro lado del camino sus lóbregas aberturas, las que, segun el emir dijo á sir Kenneth, servian de abrigo á las fieras de aquellos montes, y á los muy mas feroces bandidos que de resultas de las continuas guerras y de los excesos cometidos por los soldados cristianos y sarracenos, se habian acogido á aquellas malezas, de donde salian á los caminos, sin perdonar sexo ni edad en sus correrías y crueldades.

El caballero escoces oyó con indiferencia todo lo que el Sarraceno le referia sobre los estragos de las fieras y de los salteadores, como quien confia en su propia fuerza y valor; mas no pudo menos de turbarse y llenarse de un secreto horror, al considerar que se hallaba á la sazón en el desierto del ayuno de cuarenta dias, durante los cuales fué lícito al espíritu malo tentar al hijo del hombre. Su atencion se separó poco á poco de la ligera y mundana conversacion del musulman, cuya compañía le hubiera sido sobremanera grata en cualquiera otra ocasion, y

creyó que la de un humilde fraile seria mas conveniente que la de un incrédulo pagano, En aquellos horrorosos sitios habitados frecuentemente por espíritus infernales, revestidos de forma mortal.

Absorto parecia sir Kenneth en estas graves meditaciones; y á medida que el Sarraceno se mostraba mas alegre cuando mas penetraba en aquellos tortuosos laberintos, mas profundo era el silencio del caballero cristiano. Púsose á cantar el Moro, viendo que no le daba respuesta alguna el cruzado, el cual entendia bastante los idiomas de Oriente, para conocer que su canto se reducía á sonetos de amor y á pomposos elogios de la belleza de las damas, asuntos de que tanto gustan los poetas orientales, mas que al mismo tiempo no le parecieron propios de los sentimientos devotos, correspondientes al desierto de la tentacion. El Moro mudó de asanto y entonó, con sobrada ligereza, los elogios del vino, líquido rubí de los Persas, y su alegría se hizo al cabo tan intolerable al cristiano, que solo el pacto de amistad que

entre los dos existia, le impidió hacerle mudar de tono. Mas no por esto dejó de pensar que el Sarraceno era un descarado libertino, que ponía asechanzas á su conciencia, y trataba de apartarle del camino de la salvacion, inspirándole aficion á los deleites mundanos y distrayéndole de sus devociones, en circunstancias en que su fe como cristiano y sus votos como peregrino, exigian de él pensamientos mas graves y ánimo mas contrito. Mantúvose lago tiempo en esta irresolucion sin saber el partido que mas le convenia abrazar, cuando al fin se vió obligado á romper por medio y á manifestar al Moro su desagrado, oyéndole que empezaba la célebre cancion del poeta Rudpiki, en que compara el seno mórbido de su dama á la riqueza de Bokhara y de Samarcando.

— Sarraceno, dijo al cabo en tono amargo y severo, aunque obcecado en falsas y supersticiosas creencias, podrias todavía comprender que hay unos sitios mas dignos de reverencia y de recato que otros, y que no es cosa de juego el caminar por donde el es-